

Borges, él mismo

I

¿Cuándo hemos leído los argentinos (los argentinos de mi edad) por primera vez a Borges? La pregunta es banal salvo que en su respuesta se pueden encontrar, más o menos implícitas, las maneras en que hoy leemos a Borges. Naturalmente, la primera vez que yo (y los argentinos de mi edad, supongo) leí a Borges fue en la escuela secundaria: era la «Biografía de Tadeo Isidoro Cruz» y el cuento me sorprendió. Hasta el final yo no me había dado cuenta de quién se hablaba, de qué se trataba, cuál era el truco. Considerándome (como me consideraba) un chico despierto, un buen lector, en fin, alguien que podía darse cuenta de todo, de pronto, yo era colocado en situación de ignorancia por un cuento, un cuento que leía mimeografiado para la clase de Castellano o Lengua y Literatura o como se llamara la materia pertinente en ese entonces. De pronto un cuento, un cuento de Borges, venía a demostrarme que mis quince años eran bastante idiotas y que lo que creía saber de la vida y la literatura no alcanzaba para que me diera cuenta de quién y por qué estaba hablando Borges en ese cuento que, decreté, era malo, insulso, torpe.

Era un desafío y yo lo aceptaba. Si es verdad que, como el propio Borges señala, el desafío y el lamento son los dos tonos que la gauchesca codifica (y que prefiguran toda la cultura argentina), yo me colocaba, tal vez definitivamente, en posición de desafiado, aceptaba el convite y me convencía de que nunca más habría de lamentarme, oh mis quince años. Lo mío era el desafío.

En varios lugares de su literatura Borges desafía al lector. En «La lotería de Babilonia» puede leerse, hacia el final: «Yo mismo, en esta apresurada declaración, he falsado algún esplendor, alguna atrocidad. Quizá, también, alguna misteriosa monotonía» (460)¹. En «La Biblioteca de Babel» el narrador pregunta: «Tú, que me lees; ¿estás seguro de entender mi lenguaje?» (470). En el prólogo a *Artificios* (1944) hay unas líneas célebres: «Todo lo que hay en "El fin" está implícito en un libro famoso y yo he sido el primero en desentrañarlo o, por lo menos, en declararlo» (483). A mis quince años yo no sabía que el mecanismo de lectura que debía aplicar a los textos

¹ Todas las citas de textos de Borges están tomadas de las Obras completas (Buenos Aires, Emecé, 1974 y 1979). Son innumerables las correcciones que Borges ha introducido en sus textos desde las primeras ediciones hasta la edición definitiva de Emecé. No obstante, y en la medida en que no hemos elegido una perspectiva «filológica», prescindiremos de todo comentario sobre las variantes. Sería imposible, claro está, referirse, por ejemplo, a la poesía de Borges sin un minucioso trabajo de genética textual. A esta altura de la historia de los textos borgeanos resulta sorprendente la ausencia de una edición crítica de ellos.

de Borges era el de la sospecha permanente y por eso me dejé, esa primera vez, engañar. «A veces creo que los buenos lectores son cisnes aún más tenebrosos y singulares que los buenos autores» (Borges, otra vez, citado por Beatriz Sarlo).

Todos, *yo mismo*, Borges, aspiramos a la singularidad y la tenebrosidad. Casi, parecería, no puede escribirse literatura en la Argentina que no pase por esa manera de entender la práctica estética.

En uno de los primeros libros de Herbert Quain, Borges señala, hay «un indescifrable asesinato en las páginas iniciales, una lenta discusión en las intermedias, una solución en las últimas». Ya aclarado el enigma hay un párrafo largo y retrospectivo que contiene esta frase: *Todos creyeron que el encuentro de los dos jugadores de ajedrez había sido casual*. Esa frase deja entender que la solución es errónea. El lector, inquieto, revisa los capítulos pertinentes y descubre *otra* solución, que es la verdadera. El lector de ese libro singular es más perspicaz que el *detective* (462). No es ésta la cita que más rabia me ha dado siempre, pero se comprenderá que las escenas de lectura (las «alegorías de la lectura») saturan los textos de Borges, reclaman una intervención y desafían brutalmente la magra inteligencia, el candor, las buenas maneras de los lectores.

La cita que me acompañó varios años como una bofetada es famosa y está al comienzo de «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», en otro lado he hablado sobre ella² y luego volveré a comentarla:

Nos demoró una vasta polémica sobre la ejecución de una novela en primera persona, cuyo narrador omitiera o desfigurara los hechos e incurriera en diversas contradicciones que permitieran a unos pocos lectores —a muy pocos lectores— la adivinación de una realidad atroz o banal (431).

He ahí el desafío tematizado, formulado, enunciado. En este fragmento, tal vez como en ningún otro, aparecen todos los términos (o morfemas) que constituyen la frase, digámoslo, hermenéutica, proyectados en la estructura, también fraseológica, del desafío: el texto cuenta cómo está hecho, cuáles son las operaciones del narrador y cuáles las únicas estrategias de lectura que permitirían «a muy pocos lectores» estar a la altura del texto, es decir: intuir la realidad atroz o banal de la que está hablando.

El procedimiento Quain, explicado más arriba, ha dado novelas argentinas por lo menos notables. Pienso particularmente en *Respiración artificial*, *En el corazón de junio* y *Glosa*, libros ciertamente tenebrosos. En la novela de Piglia³, todo el mundo lo recordará, la lectura circula, a la manera de Quain, como un dispositivo según el cual siempre se puede leer otra cosa, siempre se puede ir más allá, de acuerdo con el régimen de la sospecha. Así, Kafka había conocido a Hitler, de donde su literatura «premonitoria». Así, las complicadas teorías sobre la literatura argentina, según las cuales cierto cuento de Borges (digamos «El indigno») no sería sino una glosa, un resumen, un homenaje a *El juguete rabioso*. La novela de Gusman, más allá todavía trabaja sobre las omisiones, las distorsiones y las contradicciones de un relato, «Un corazón sencillo», de Flaubert, para descubrir algo siniestro en la vida de Felicidad:

Ver «Los sesenta, Walsh y la novela en crisis», Graf-fiti, 2:3 (Rosario, marzo de 1988).

³ Quien, por otro lado, acaba de acuñar el término «ficción paranoica» para referirse a un tipo de textualidad y a un régimen de lectura en el cual Borges, naturalmente, ocupa un lugar central.

algo, dice el narrador de Gusman que el narrador de Flaubert calla, pero que, sin embargo, está en el cuento y puede leerse en él, o mejor: *el lector puede ser más perspicaz que el narrador*. «Un corazón sencillo», leído por Gusman, es casi como una película de David Lynch (ni Borges ni Gusman aprobarían esta torpe analogía). En *Glosa*, finalmente, Saer construye un relato siempre intervenido por la sospecha de quien cuenta, y quien cuenta es alguien que no ha tenido la experiencia de lo que cuenta, pero, no obstante, puede intervenir acerca de la verdad de su relato.

Esta lógica es precisamente algo que Cortázar no pudo leer. Sus textos fantásticos, que copian *à la lettre* los mecanismos de Borges, no reenvían, sin embargo, al mismo dispositivo de enunciación. El narrador borgeano está en situación de distancia y desafío respecto de la materia narrativa y de las posibles lecturas. El narrador cortazariano, por el contrario, se coloca en situación de distancia respecto de la materia narrativa, pero propone al lector un pacto sobre las lecturas posibles. Los escritores argentinos, Borges, yo mismo, debimos quemarnos los dedos, las yemas de los dedos, en quién sabe qué hogueras para comprender que la lectura, siempre, es un desafío⁴ o, lo que es lo mismo, que escribir es algo del orden del desafío y que leer también es algo del orden del desafío: un escritor desafía a un lector a que lo lea y el lector desafía a otro lector a que lea de otro modo. Nada que ver con *el demonio* (o la angustia) de las *influencias*: no se trata de un combate. O, por mejor decir: se trata de un combate permanentemente postergado. El desafío tiene una estructura no necesariamente bélica, no necesariamente polémica, aún cuando escenifique el carácter *insidioso* de las palabras.

★

Mucho tiempo después, quiero decir: en diciembre de 1991, Borges ya no era un problema para mí. Pero la frivolidad existe; existe también, de eso se trata, una frivolidad clásica, además de la pretenciosa frivolidad de sentirse desafiado por Borges («Mi vanidad y mi nostalgia han armado una escena imposible»). En diciembre de 1991 el Instituto Goethe de Buenos Aires organizó, con motivo de sus veinticinco años en Argentina, una serie de fiestas. Se llamaban *Ficción Disco* porque presuntamente tenían que ver con una sofisticada e hipotética, muy hipotética, teoría sobre el pop, la cultura pop, el simulacro y «lo disco», en fin, lo que dice «un estilo de vida». Yo no me acordaba, ya, de Borges. Supongamos, sólo supongamos, que me había cansado de esperar el momento de contestar el desafío. Humillado, había obtenido el placer (narcisista) de los subalternos. Durante 1991 hubo una polémica deprimente y absurda (¿pero acaso la Argentina no es deprimente y absurda?) sobre la sexualidad del joven Borges, a propósito de mezquinas declaraciones (¿pero acaso toda declaración no es mezquina?) de psicólogos, psicoanalistas y psicoterapeutas. Hubo, hay, libros que pretenden analizar, psicoanalizar a Borges a partir de sus textos, y declaraciones de un psicoanalista que lo habría tratado a propósito de un viejo trauma jamás resuelto

⁴ Hubo otros, sin embargo, que lo comprendieron desde siempre. Cuando digo yo, naturalmente no es «yo» lo que ese pronombre designa, sino un conjunto de experiencias que no siempre me tienen de protagonista (gloso). El mejor lector, uno de los mejores lectores de Borges, fue sin duda Enrique Pezzoni, quien me (nos) enseñó a leer y cuya obsesión por Borges siempre nos irritaba. Hoy usamos, muchas veces sin darnos cuenta, sus palabras (Borges, para él, era «taimado», también «insidioso»). En *El texto y sus voces* (Buenos Aires, Sudamericana, 1987) aparecen recopiladas la mayor parte de sus lecturas sobre Borges. En el número de homenaje que le dedicó la revista *Filología* (XXIV:1-2, Buenos Aires, 1989), incluí un artículo inédito sobre *Fervor de Buenos Aires* que, creo, fue lo último que escribí.